

Servidores de la verdad

Sobre el discurso del Papa Benedicto XVI a los jóvenes profesores universitarios en El Escorial, en el contexto de la Jornada Mundial de la Juventud (19 de agosto de 2011)

Álvaro Antón Sancho

En el encuentro de El Escorial del 19 de agosto de 2011, Benedicto XVI se introdujo en el corazón de la Universidad para dirigir a los jóvenes profesores un discurso que no trató de cuestiones complicadas o más o menos extrañas o de interés limitado a unos pocos. Muy al contrario, abordó en él las cuestiones más fundamentales sobre qué es Universidad, cuál es el papel del profesor en ella y el uso de su razón y su inteligencia. Lo hizo, además, con una claridad, pero, a la vez, con una profundidad y un cariño que, incluso prescindiendo del mensaje, el mismo calor de su expresión fue ya un auténtico ejercicio de magisterio para quienes pudimos escucharlo.

El discurso está vertebrado sobre la noción de Universidad que, dice el Papa, es *la casa donde se busca la verdad propia de la persona humana*. Aquí ya hay dos aspectos que es importante resaltar, a saber: de una parte que el hombre busca y alcanza verdades, que no estamos sumidos en un sinsentido vital en donde la utilidad o la comodidad sean los criterios máximos que nos deben gobernar; y de otra, que la verdad que buscamos versa sobre la persona humana, sobre el sujeto humano en su singularidad personal.

El hombre se pregunta porque su vida no es meramente estar, sino existir; que no es sólo vivir, sino edificar una vida que lucha por el sentido. En efecto, el raudal de preguntas que más inquietan el corazón del hombre son siempre retazos más o menos parciales de la cuestión fundamental y, en definitiva, la única importante: ¿quién soy yo? ¿quién es la persona? La expresión artística y literaria, la descripción histórica y la reflexión científica y filosófica aportan conocimiento sobre cuestiones concretas de la realidad, pero su tarea no cesa ahí. Al hacer su tarea, reflejan luz sobre el sujeto que conoce y, de esta manera, dibujan la silueta de Dios creador, de quien es imagen y semejanza. Así, si un biólogo se pregunta sobre cómo sucede la vida, tal cuestión no responde a una mera arbitrariedad de su pensamiento, sino que expresa su inquietud más

radical sobre el origen y finalidad de la vida y en último término sobre sí mismo y el sentido de su existencia. De esta forma, la vida científica en su progreso debe ser un incesante regreso al origen y causa inteligente de todas las cosas, allí donde coinciden la Verdad y la Belleza, la suma inteligencia de un Dios que es fuente de las bellas verdades que la ciencia permite inteligir.

Es muy habitual que la participación en proyectos y artículos de investigación estén justificados en base a intereses económicos o de mercado o incluso personales y curriculares. Formamos cada vez más a los jóvenes siguiendo criterios de utilidad práctica, y no tanto de saber como de saber-hacer. También estamos tristemente acostumbrados a ver proyectos de investigación que en su desarrollo y finalidad atentan contra la vida y la dignidad humanas. El Papa nos advierte que ni el criterio económico, ni el técnico, ni mucho menos el interés espurio del “todo vale”, son signos de saber. Por supuesto que esa búsqueda de la verdad propia de la persona humana tiene influencia en el desarrollo económico y en el avance técnico. Sin embargo, éstas son sólo dimensiones parciales de lo que debe ser la tarea universitaria, y ni siquiera son las dimensiones más esenciales.

Nuestra tarea se volverá plena si descubrimos que consiste en unificar en una verdad total todas las verdades parciales que brotan de las distintas ramas del conocimiento. Así como un organismo vivo o una máquina sólo pueden ser ellos mismos desde la unidad funcional y operativa de todos los sistemas que los conforman, y a su vez éstos adquieren el sentido de su actividad en el organismo o máquina en su unidad, también el profesor ha de ver la verdad fundamental de la que cobra sentido cada una de las verdades particulares objeto de su estudio. La fe es la luz que permite elevar la razón al descubrimiento de esta verdad fundamental. Por eso la fe no sólo no es ajena o extraña al conocimiento racional que pretende el quehacer universitario, sino, muy al contrario, se revela como la clave última de todo este quehacer. Haciendo esto, el profesor descubrirá el sentido último de todo lo que hace y piensa en Aquel que dispuso la realidad con un orden digno de la razón de su criatura predilecta, ante quien presentó la creación *para que cada ser viviente tuviese el nombre que el hombre le diera* (Gn 2,19). Y podrá también, si es fiel a este eje vertebral del conocimiento, ser fuente de vida desde la verdad para los estudiantes que, con sus dudas y problemas, buscan a Dios a veces sin saberlo. Por eso, enseñar es también una manera de *ir al mundo entero y predicar el Evangelio* (Mc 16,15).

Vivir en plenitud el sentido de Universidad que el Papa nos propone exige del profesor una formación de excelencia, constancia y dedicación y, por tanto, también ilusión y un hacer propio el proyecto universitario en el que se está sumergido. Indica Benedicto XVI que *el modo de hacerlo no sólo es enseñarlo, sino vivirlo, encarnarlo como también el Logos se encarnó para poner su morada entre nosotros*. El profesor universitario no tiene horarios de clase y temarios principalmente, sino una disposición plena de todas sus potencias de entendimiento y voluntad al servicio de la expansión y la defensa de la verdad. En esto consiste su labor, que eleva su condición de actividad profesional a la de verdadera vocación personal y tarea evangelizadora, porque se le ha concedido *por medio del Espíritu, palabras de sabiduría* (1Cor 12,8).

Este compromiso es a la par ilusionante y muy exigente, siendo así que esta exigencia sólo puede erigirse desde el amor a la verdad y a los jóvenes estudiantes. El amor a la verdad es indispensable para ejercer el correcto uso de las facultades intelectuales en orden a una elaboración completa y enfocada del conocimiento. El amor a los jóvenes permite, por su parte, comprender sus inquietudes y tener luz para ayudarles a integrarlas en la unidad de su proyecto de vida, valorar sus tiempos y sus circunstancias personales, de los que deberá depender el lenguaje y la profundidad de lo que les expresemos y finalmente exigir de ellos todo lo que pueden dar de sí, lo que les facilitará el sentirse amados por Dios y encontrar su vocación propia. Todo ello con cada joven como individuo personal, irrepetible en su unicidad, hijo amadísimo de Dios Padre, que Él mismo ha puesto en tu camino para amarlo a través de ti.

Precisamente por eso la fuente de la que bebe el profesor universitario es el amor. Y si el origen es el amor, su actividad es principalmente amar. Amar la verdad y amar a aquel que va a ser depósito de la verdad. Reflexión y amor guardan una estrecha relación que brota del sentido último del conocimiento: Dios, en quien verdad y amor se identifican. Esto quiere transmitirnos el Papa cuando nos explica la intrínseca unión entre inteligencia y amor. Si sólo el cristiano es capaz de ver en Dios el amor extremo que dé sentido pleno a su vida (porque en el anonadamiento de la Encarnación en Jesucristo y en el darse abnegado de su Cruz así se nos ha mostrado), también el profesor tenderá hacia la plenitud de su función sólo cuando ésta brote del verdadero amor. Sólo la búsqueda de la verdad que brota del amor a la verdad conduce a una investigación de carácter humanista que mira a la persona por entero, desde el vértice del amor, sin riesgo a caer en pragmatismos y utilitarismos, precisamente porque estas

reducciones en la naturaleza del saber responden a reducciones de principio sobre el concepto de persona. También la docencia, solamente si mana del amor, permite ver al joven en la integridad de sus dimensiones de inteligencia, voluntad y conciencia, y nunca reducido a mero elemento técnico anónimo de una sociedad mecanizada. Esto es encarnar el conocimiento, hacerlo vivo en su integridad y accesible y aprovechable, como Dios se encarnó en Jesucristo manteniendo en Él la plenitud de su divinidad para hacerse inteligible al hombre.

Finalmente, el Papa nos exhorta a la humildad como virtud indispensable en nuestra labor. Ciertamente la investigación tiene mucho de dejarse informar por una realidad que se presenta anterior y ajena a mí e inabordable desde el principio porque yo mismo estoy inmerso en ella. De esta manera, la primera actitud del hombre debe ser la de dejarse hacer por la realidad, porque es ella misma en el transcurso de su ordenado dinamismo la que revela sus secretos íntimos a unos ojos despejados de prejuicios. Asimismo, en el ejercicio docente, el profesor debe verse como mero vínculo que une al joven con el conocimiento siendo así que el profesor no es el fin de la docencia. Por eso la actitud vanidosa que fuerza a la investigación a caminar según los criterios propios del investigador o convierte cada clase en un brindis a la inteligencia del profesor, desnaturaliza el ejercicio de la razón y cierra, dice Benedicto XVI, el acceso a la verdad. La verdad no es posesión de quien la transmite sino de quien es la misma Verdad, Jesucristo, en quien confluye toda nuestra búsqueda. Por eso, *no os dejéis llamar Maestro, porque uno sólo es vuestro Maestro* (Mt 23,8).

La actitud del profesor universitario tiene mucho que ver con la de María en las bodas de Caná. Una madre amante de sus hijos que se muestra atenta a sus necesidades y no duda en clamar suplicante a quien sabe es la única fuente que puede calmar su sed: *no tienen vino* (Jn 2,3). Entonces su labor ha concluido y Ella, protagonista hasta ahora de la atención de Jesús y de los invitados, desaparece diluida en una escena en la que ya sólo brilla la abundancia del mejor vino. El profesor debe aprender de María la atención y amor al alumno y su disposición para darse cuenta de sus necesidades, acercarlo al conocimiento que busca y desaparecer finalmente para realzar el gozo de la verdad encontrada. También debe aprender de Jesús su resolución para consagrar la vida a una entrega total de su tiempo, capacidades y conocimientos, que pasa por una permanente disposición al estudio y a la investigación sincera y humilde, a la formación continuada y a la atención al alumno, todo ello en servicio de la verdad y del prójimo. En definitiva,

a entregarse por entero como Jesús en sus signos, teniendo siempre presente que no convirtió el agua en vino, sino en el vino mejor.

En definitiva, el Papa llama a la Universidad a hacer un ejercicio de comprensión de su ser y su función. Y lo hace en el contexto de una Jornada Mundial de la Juventud cuyo lema nos invita a estar *arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe* (Col 2,7). Una Universidad sana, próspera y fructífera será una Universidad arraigada en su origen, Cristo, la Verdad misma y que siga firme el camino de la fe en su tarea de iluminar la razón para hacer de las verdades particulares una verdad más elevada y plena al servicio de la persona en su integridad.